

cial peruana. Evidencia esta novela la evolución ideológica del autor y a su vez confirma su talento narrativo. Pudo haber constituido la síntesis magnífica de su obra narrativa; lamentablemente, al no haber sido concluida, queda como testimonio trunco de un esfuerzo final, importante por sí mismo, pero siempre abierto a la especulación acerca de lo que 'hubiera podido ser'. En cualquier caso, la aparición de *Lázaro* modifica y perfecciona el sentido general de la obra de Alegría.

Goran Tocilovac

Onetti, Juan Carlos: LA MUERTE Y LA NIÑA, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1973.

La obra narrativa de Juan Carlos Onetti que se inicia en 1939 con *El pozo* —novela corta que significa para muchos el punto de partida de la nueva novela latinoamericana— se continúa en los años sucesivos con una larga serie de textos, varios de ellos memorables, como las novelas *La vida breve*, *Juntacadáveres* y *El astillero* y la mayoría de sus cuentos. Luego de veinticinco años a lo largo de los cuales Onetti crea uno de los más ricos y apasionantes mundos de la narrativa latinoamericana, el poderoso impulso creador del escritor uruguayo pareció llegar en 1964, con *Juntacadáveres*, a un punto culminante y a la vez a su momento final. Desde entonces en efecto el novelista guardó un silencio casi total (salvo algún cuento nuevo, todo lo que se publica en los últimos años son reediciones) que pudo ser tomado como síntoma de la cancelación definitiva de este admirable ciclo creador. A fines de 1973 sin embargo Onetti interrumpe sorpresivamente su mutismo con la publicación de *La muerte y la niña* novela corta que no sólo aporta una nueva pie-

za para la construcción del complejo universo onettiano sino que significa además, en algunos aspectos, novedades importantes en relación a la obra anterior.

La muerte y la niña se inscribe en lo que podría llamarse el "ciclo de Santa María", o sea aquella serie de textos cuya acción se desenvuelve en la ciudad imaginaria pero construida con elementos reales, que Onetti inventara hace ya muchos años para convertirla en sede de su mundo novelesco y escenario de la desgarrada aventura de sus personajes. Entre éstos volvemos a encontrar a algunos de los sombríos habitantes de Santa María debatiéndose en medio de la ambigüedad que les es consustancial. Está por ejemplo —envejecido— el doctor Díaz Grey, desencantado y escéptico, casado ahora con Angélica Inés, la hija del empecinado Petrus de *El astillero*. Están también el Padre Bergner, ascendido ahora en la jerarquía eclesiástica y, "aprendiendo a ser imbécil", Jorge Malabia, el otrora idealista actor de *Juntacadáveres*. Todos ellos comparten con algunos nuevos como Helga Hauser y sobretudo Augusto Goerdel, los roles protagónicos de *La muerte y la niña*. El argumento aparente de la novela se teje en torno a una oscura historia en la que Goerdel se revela como culpable de la muerte de Helga, su mujer (embarazada a sabiendas de que ello le acarrearía un riesgo mortal), afronta luego la censura del pueblo y reaparece finalmente, varios años después, dispuesto a reivindicarse destruyendo la hipótesis de su culpabilidad. Pero a un nivel más profundo se descubre una nueva versión de temas que son leit-motiv de la obra de Onetti: radical escepticismo frente a la condición y el destino humanos que se traduce en una suerte de implacable desmitificación de valores, conductas, creencias.

Y sin embargo —como apuntába-

mos al comienzo —la última obra de Onetti ofrece algunas facetas novedosas, capaces de sorprender aún a los más fieles fanáticos onettianos. Lo radicalmente nuevo consiste básicamente en la extraña función que ahora desempeña Juan María Brausen, el protagonista de *La vida breve*. Insólita, desmesuradamente, Brausen reaparece en *La muerte y la niña* elevado al desconcertante sitial de creador, divinidad, juez y fiscal supremo de Santa María y sus habitantes. En las páginas iniciales está ya la revelación: Díaz Grey, dirigiéndose a Goerdel, afirma: "Y es posible que noche a noche, llorando y de rodillas rece a Padre Brausen que estás en la Nada...". Y luego, a lo largo de las ciento veinte páginas del texto, alusiones semejantes se suceden como para que no quepa duda de esta extraña encarnación de Brausen-dios sanmariano. ¿Qué se esconde tras esta absurda, inesperada adscripción de un personaje al grotesco papel de deidad específica de la ciudad clave del mundo de Onetti? ¿Se trata simplemente de una repentina explosión de humor negro o hay algún mensaje más importante en este paso farsesco? Para responder (preliminarmente) a éstas o parecidas interrogaciones es menester, creo, ubicarse dentro del contexto general de la narrativa onettiana y recordar así que en *La vida breve* Santa María y varios de sus pobladores (como el doctor Díaz Grey) nacen como una proyección de la mente angustiada de Juan María Brausen o sea que en este sentido —y enmarcándonos en las reglas de juego planteadas por el propio Onetti— resulta que Brausen vendría a ser en realidad el "creador" de Santa María y sus gentes que sólo comienzan a existir como criaturas suyas, como habitantes privilegiados de la esfera de su subjetividad. En un asomarse sobre el proceso de su propia creación Onetti de-

ja ver pues algunos de sus secretos, ciertas claves que ayudan a la interpretación y ratifica así lo que la crítica había ya señalado; es decir, que *La vida breve* (1950) es un hito decisivo en la historia de Onetti narrador, una especie de obra matriz de la cual van brotando, sin agotar nunca sus riquezas, no sólo la mítica Sta. María —espacio de elección— sino también personajes, historias y otros elementos que luego servirán para dar consistencia a los textos posteriores. Al colocar así a Brausen chocantemente en figura demiúrgica, el gran narrador uruguayo abre para todos el acceso a su taller personal, desmonta y demuestra sus herramientas y sus mecanismos.

Es evidente, por último, que esta irrupción de lo grotesco e inverosímil significa, además, una sátira postrera y feroz, un final esfuerzo encaminado a la revelación (al desnudamiento) de aquel lado de la condición del hombre —lo trágico, lo sórdido, lo frustrante y lo frustrado— que constituye el territorio propio, la parcela de realidad irrenunciable e inconfundible de Juan Carlos Onetti, el grande y todavía incomprendido narrador de América Latina.

Jorge Cornejo Polar

Fernández Moreno César: (editor), **AMERICA LATINA EN SU LITERATURA**, México, UNESCO-Siglo XXI, 1972, 494 pgs.

Este volumen obedece a una resolución de la UNESCO (París, 1966) que autoriza a su Director a emprender el estudio de las culturas de América Latina en sus expresiones literarias y artísticas. Es parte de un proyecto más vasto referido al estudio y la difusión de las características de las grandes regiones cul-